

## NOTA

---

### ALCIDES Y EL CID

TOMO C · CUADERNO CCCXXII · JULIO-DICIEMBRE DE 2020

En la oda a don Pedro Portocarrero, fray Luis León cantó las excelencias de la virtud en abierta emulación con el himno de Aristóteles a Hermías<sup>1</sup>, según advirtió Menéndez Pelayo (así me lo recuerda oportunamente mi buen y docto amigo Antonio Carreira):

Tú, dende la hoguera,  
Al cielo levantaste al fuerte Alcides;  
Tú, en la más alta esfera,  
Con las estrellas mides  
Al Cid, clara victoria de mil lides.  
    Por ti el paso desvía  
De la profunda noche y resplandece  
Muy más que el claro día  
De Leda el parto, y crece  
El Córdoba a las nubes y florece<sup>2</sup>.

Estas dos estrofas se corresponden con los versos 9-12 del himno a Hermías: «Por tu causa el hijo de Zeus, Heracles, y los retoños de Leda sopor-taron muchos padecimientos en sus trabajos, persiguiendo tu fuerza. Por anhelarte, Aquiles y Áyax llegaron a la mansión de Hades».

La lectura del modelo griego permite ver las diferencias que median entre uno y otro poema. En efecto, Aristóteles, al enumerar las personas que habían buscado la ἀρετή, distinguió la condición de unas y otras al presen-

<sup>1</sup> Frg. 5 Diehl (*Anthologia Lyrica Graeca*, fasc. 1, Leipzig, Teubner, 1954); Page, D. *Poetae melici Graeci*, Oxford, 1962, nº. 842 (pp. 444-45).

<sup>2</sup> Fray Luis de León, *Poesía* (edición, estudio y notas de Antonio Ramajo Caño, Madrid, RAE, 2012), 3, 6-15, pp. 17-18.

tarlas en dos tandas bien diferenciadas. La primera es la de los semidioses bienhechores, hijos de Zeus: Hércules (el gran benefactor de la humanidad, un singular referente ético para filósofos como los estoicos o los cínicos tanto por sus buenas obras como su capacidad de sufrimiento) y los Dioscuros (Cástor y Pólux, los gemelos salvadores que rescatan con su fuego providencial a las naves que están a punto de naufragar por una tormenta). La segunda está representada por Aquiles y Áyax, dos guerreros puros y duros, dos verdaderos «caudillos» o «pastores de hombres», pero colérico el uno y algo romo de mollera el otro (un pasaje de la *Iliada* lo asemeja a un asno), si bien ambos dispuestos a morir por alcanzar la virtud.

Como se ve, fray Luis se apartó de su modelo en dos cosas: en primer lugar, unió una y otra clase, quizá para eliminar la incómoda categoría de semidioses, incompatible con las enseñanzas de la Biblia; en segundo término, respetó a Hércules («Alcides») y a los Dioscuros («de Leda el parto»), pero rechazó los dos ejemplos de la milicia –los dos inaceptables para un cristiano: Aquiles, por su iracundia; Áyax, por haber cometido suicidio– y los substituyó por un par más cercano a la sensibilidad castellana: el Cid y el Gran Capitán («el Córdoba»). Por tanto, se despeja de antemano cualquier tipo de dudas que pudieran empañar la gloria de los paladines escogidos: la valía de Rodrigo Díaz de Vivar, el héroe castellano por excelencia, no había sido puesta todavía en tela de juicio (faltaba mucho tiempo para que naciera el gran Dozy); tampoco la de Gonzalo Fernández. Por tanto, en la versión de fray Luis cada personaje griego encuentra su réplica en su respectivo personaje castellano, aunque, a decir verdad, la relación de unos con otros sea muy débil e inconexa: ¿qué tiene que ver el Gran Capitán con los Dioscuros? Así llegamos a una última cuestión: ¿fue también casual el emparejamiento del Cid con Hércules?

Contra todo lo que se podría pensar a primera vista, hubo una razón evidente para establecer este parangón: los dos nombres, Alcides y el Cid, se corresponden punto por punto en cuatro letras nada menos (aquí, en cinco, gracias a estar usado el segundo como complemento indirecto: «al Cid»), una coincidencia que, para nuestra sorpresa, no suelen subrayar los comentaristas del poeta agustino; por este motivo optó fray Luis precisamente por estos apelativos y no por otras posibilidades onomásticas. Pero a esto se añade otra causa más. Los humanistas habían tendido un puente imaginario entre

los dos personajes, el griego y el castellano, fundiendo el nombre del uno y el sobrenombre del otro en uno solo: *Alcides* era una fácil latinización de *El Cid*; y si, según contaban los antiguos, había habido un Hércules indio, otro egipcio, otro cretense y otro —el más famoso— hispano-helénico<sup>3</sup>, ¿por qué no había de añadirse a esta lista un Cid-Alcides más? A cuanto sé, fue Lucio Marineo Sículo<sup>4</sup>, al exaltar las hazañas del rey de Navarra Sancho Ramírez, el primero que se aprovechó de la asonancia de los dos nombres: «Vicit etiam Rodericum Viuarium Alcidem, qui Cid Rui Diez uulgo dicebatur». Muy curiosamente, al reimprimir la obra<sup>5</sup>, Marineo retocó la redacción inicial de este párrafo para darle mayor contundencia, pero, distraído, reemplazó también «Alcidem» por la forma más común «Cidum»<sup>6</sup>, cayendo de esta suerte

<sup>3</sup> «Quartus uero fuit Hercules noster Hispanus Graecus et ex Alcumenia et incerto patre adulterio genitus», sentenció Joan Margarit al enumerar los diversos Hércules en el capítulo *De pluribus aliis Hercilibus* de sus *Paralipomena* (Madrid, Biblioteca Nacional [en adelante BN], ms. 5554, ff. 181v-182r).

<sup>4</sup> *De primis Aragoniae regibus et eorum rerum gestarum breui narratione*, Zaragoza, 1509, f. 7r.

<sup>5</sup> En su *De rebus Hispaniae memorabilibus*. Alcalá de Henares, 1533, f. 43r (como es lógico, este disparatado «Cidum» se omitió en la traducción castellana: «Desbarató en el campo a don Rodrigo de Biuar, dicho comunmente El Cid Rui Diaz» [*De las cosas ilustres y excelentes de España*; Alcalá de Henares, 1530, ff. 59v-60r]). Antes, en la misma obra latina, al hablar del Cid en f. 38r Marineo se limitó a decir «Rhodoricus Viuarium cognomento Cidus».

<sup>6</sup> La forma *Cidus* es relativamente reciente, pues en la Baja Edad Media las crónicas latinas evitaron utilizar el arabismo: *Rodericus Didaci Campeator* (o *Campidoctus*) lo llamó la *Historia Roderici*; *Rodericus Didaci (Campidoctus)* Lucas de Tuy y *Rodericus Didaci Campiator* Rodrigo Jiménez de Rada y Juan Gil de Zamora (*De preconiis Hispaniae* [Madrid, BN, ms. 6353, f. 52r] «Erat autem cum rege Sanctio miles quidam strenuus, dictus Rodericus Didaci Campiator»; cf. [*ibidem*, f. 54r] «Rodericus Didaci Campiductor»). Que yo sepa, el primero que utilizó *Cidus* -i fue Alonso de Cartagena: «In huius regia camera insignis Rodericus de Biuar adolescens nutritus est, qui strenuitate operum Cidi cognomentum accepit, quod in lingua Arabica “dominum” sonat» (*De genealogia regum Spanie* [Madrid, BN, ms. 7432, f. 68r]; cf. [*ibidem*, f. 72v] «Hic [Sancho III] duxit uxorem Blancam, filiam Garsie regis Nauarre, qui fuit nepos ex filia insignis bellatoris Roderici Cidi»), seguido por Rodrigo Sánchez de Arévalo: «Rodericus Cidus... decreuit contra Sarracenos... bella gerere» (*Compendiosa historia Hispana*. Roma, 1470, f. 19r, cf. 44v [cito por la numeración de folios que tiene el ejemplar de nuestra Biblioteca Nacional, Inc/1167]). La fácil adaptación latina fue

en una absurda redundancia: «Profligauit in praelio etiam semel Rhodoricum Viuarium Cidum, qui Cid Rui Diez uulgo dicebatur».

El *calembour* de Marineo, si es que a él se debió esa feliz ocurrencia, no pasó inadvertido. Ni mucho menos. Durante los años más gloriosos de Carlos I, otro humanista, Pedro Ortiz, compuso una laboriosa historia de España en latín, una hazaña que, por su desmesura (abarca más de 600 folios de apretada letra) y su estado incompleto (solo llega hasta la muerte de Alfonso XI), disuadió de su impresión a los libreros que pudieran estar interesados en darla a conocer a un público más amplio. Pues bien, en esta hoy olvidada *Hispanis* (un título forjado a imitación de *Aeneis*) la adecuación de Rodrigo Díaz con Alcides es ya completa y definitiva. Ortiz había leído muy a fondo la obra de Marineo, que criticó con gran acritud. Concretamente, la afirmación que acabamos de transcribir –la supuesta victoria de Sancho Ramírez sobre el Cid– le produjo tanto coraje, que escribió indignado: «Sed quid ego hac re discrucior, cum Rodericum Alcidem a rege Sancio uictum affirmet, qui cum rege Sancio suis auspiciis numquam bellum gesserit?»<sup>7</sup>. El visceral rechazo al siciliano, sin embargo, no le impidió aprovecharse de su oportuno hallazgo onomástico. Y así, muy orgulloso aseguró Ortiz, al llegar a la época del héroe de Vivar, que lo llamaría con toda justicia «Alcides» (por «el Cid»): «Ego uero, si quando suorum gestorum meminisse dabitur, non Cidi, sed fortem et inuictum et uerum Alcidem dictitabo» (f. 137r)<sup>8</sup>. De hecho, tres de

aceptada también por Lucio Marineo Sículo (cf. los ejemplos aducidos en la nota 4), Antonio de Lebrija («Lainum Caluum, proauum proauu insignis bellatoris Roderici de Biuar, qui Cidus cognominatus est, quod in lingua Arabica “dominum” sonat», «Cidus ad sinistram» [*Rerum a Ferdinando et Elisabe foelicissimis regibus gestarum decades duae*. Granada, 1545, f. 109v]) y Juan de Mariana («Rodericus cognomento Cidus» [*De rebus Hispaniae libri triginta*. La Haya, 1773, I, p. 353 b, 356 a, 361 b, etc.]).

<sup>7</sup> *Hispanis*, II (Madrid, BN, ms. 1510, f. 160r; a este códice van referidas todas las citas a la obra de Ortiz en este artículo).

<sup>8</sup> Dando noticia del origen del sobrenombre y justificando su vigencia, había escrito inmediatamente antes Ortiz lo siguiente: «Cum legati Maurorum regum, quos Rodericus Viuaris tributarios fecerat, Zamoram ad Rodericum uenere, ibi ad regem Fernandum, quocum Rodericus erat, intromissi dataque dicendi facultate dominum salutaturi, positus humo genibus Cidi Arabico sermone appellauere. Oblata Rodericus dona Fernando tradebat. Ceterum Fernandus habere Rodericum iussit, eoque ipso Cidi nomine, quo a Mauris dominus appellatus fuit, ex eo tempore ut a Christicolis diceretur edixit. *Cidi* enim Mauro

los nombres que se le dan al Cid en esta obra llevan el sello helénico. Cito un puñado de ejemplos, tomados de los primeros folios que consagra a historiar sus hazañas la segunda parte de la *Hispanis*:

ALCIDES. «Fernandus [rex Legionensis] uero... cum magno exercitu Alcidem subsecutus celerius opinione ad Mauros uenit» (f. 138v); «Alcides magister equitum, prior in campum egressus, uix orta luce pugnam conseruit, Fernandus cum toto exercitu Alcidem subsecutus Gallos... in fugam auertit» (f. 139v); «ab eis [speculatoribus], ut Alcides persuaserat, uera omnia nuntiata: nullos uigiles in castris, errare per campum milites», «hos omnes [militēs] Alcides aggressus... occidit uno superstite» (f. 146v).

ALCIDES VIVARIUS. «Alcides Vivarius, cum expedito equitatu ad reprimendas incursiones praemissus, aduentu solo Mauros palantes in urbes compulit» (f. 138v); «Alcidem Viuarium... ei prouinciae praeposuit [Fernandus I]» (f. 139r); «Fernandus... Alcidem Viuarium tutorem filiis, curatorem et consultorem dedit» (f. 141r); «Alcides Vivarius cum toto equitatu e castris missus impetum hostium in se conuertit», «Alcides Vivarius a rege [Sancio] suam sententiam rogatus in haec uerba respondit» (f. 143v); «Alcides Vivarius graui captus infirmitate proelio interesse non potuit» (f. 145r).

RODERICUS ALCIDES. «Roderico Alcidi Gormacium cum aliis oppidis, quae Gomecius comes possiderat, traditum [a Sancio]» (f. 141v); «stetitque diu anceps pugna, quoad Rodericus Alcides cum suis equitibus per medios hostes inuectus ordines dissipauit... Militibus Garsias et omni spe destitutus a Roderico Viuario capitur» (f. 145r); «Sancius a Roderico Alcide quae agi oporteret admonitus duos milites... ad speculanda castra misit», «pugna ipsi [equites Legionenses] redintegrata luctuosam uictoriam Castellanis reddissent, nisi Sancius, a Roderico Alcide liberatus, ad suos milites diffugisset» (f. 146v).

La caprichosa identificación de Alcides con el Cid, pues, venía ya de lejos, luego no me cabe duda de que se hizo más o menos popular entre los

nomine “dominus” Latino signatur. Nec sine Dei iudicio factum credo, ut qui nonagies fere signis collatis cum Mauris dimicauerit, reges captos in uincla coniecerit, a nullo quamtu-muis potentissimo superatus fuerit, omnium sermone dominus hic appelletur».

humanistas españoles. Y así se explica que fray Luis, también él humanista hasta la médula, quisiese redondear sus versos con una asonancia de palabras que le permitió prender lo español con la herencia de la antigüedad –un juego al que fue muy aficionado<sup>9</sup>–, haciendo de paso velada alusión –y quién sabe si también declarando su rechazo– a esa equivalencia onomástica y poniéndola, para indicar su relevancia, en lugar destacado del verso: final e inicial, respectivamente.

Curiosamente, Guillén de Castro fue a comparar con Hércules al contrincante del Cid: don Martín González, el gigantesco adalid del rey de Aragón, era «un Rodamonte, un Milón,/ un Alcides, un Adlante» (*Las mocedades del Cid*, comedia primera, 2397-98); pero con este parangón se busca solo ejemplos de fuerza bruta, para contraponerla a la destreza y la inteligencia, en las que radicaba la superioridad del héroe castellano: Goliat frente a David<sup>10</sup>. Atinadamente, como ya había hecho el *Carmen Campidoctoris* (126-27 *Paris uel Hector meliores illo/ numquam fuerunt in Troiano bello*), Castro halló paralelos a Rodrigo Díaz en la épica clásica y medieval: «Pareció un Roldán francés,/ pareció un Éctor troyano» (*Las mocedades del Cid*, comedia primera, 888-89). La literatura dirigida al vulgo discurría entonces –y discurrir hoy– por caminos conceptuales muy diferentes a los usados en las obras escritas para un público culto.

JUAN GIL  
Real Academia Española

<sup>9</sup> Di dos ejemplos de estos juegos de palabras en *Los cultismos grecolatinos en español*. Salamanca, 2019, p. 285.

<sup>10</sup> La idea se expresa más claramente en vv. 2415-18: «¿Ha de faltar un Adlante/ que apoye tu pretensión,/ un árbol a ese Milón,/ y un David a esse gigante?».